

# **NO SALGAS DE NOCHE**

**Stacy Willingham**

Traducción: Carmen Bordeu

MÓTUS

## PRÓLOGO

CREÍA QUE SABÍA LO QUE eran los monstruos.

De niña, solía pensar en ellos como sombras misteriosas que rondaban detrás de la ropa colgada, debajo de mi cama, en el bosque. Eran una presencia que podía sentir físicamente detrás de mí, acercándose mientras caminaba a casa desde la escuela bajo el resplandor del atardecer. No sabía cómo describir la sensación; simplemente, de alguna manera *sabía* que estaban ahí. Mi cuerpo podía percibirlos, percibir el peligro, como cuando se te eriza la piel justo antes de que alguien te apoye una mano sobre un hombro desprevenido, en ese momento en el que te das cuenta de que la sensación inexorable que experimentaste era un par de ojos clavados en la parte posterior de tu cráneo, acechando detrás de las ramas de un arbusto crecido.

Pero entonces volteas y los ojos han desaparecido.

Recuerdo la sensación de mis tobillos delgados que se doblaban sobre el terreno irregular mientras apresuraba el paso por el camino de grava que llevaba a mi casa, y el humo del tubo de escape del autobús escolar que se alejaba formando nubes detrás de mí. Las sombras del bosque bailaban mientras el sol se colaba entre las ramas de los árboles y mi propia silueta se cernía amenazante como un animal listo para atacar.

Respiraba profundamente y contaba hasta diez. Cerraba los ojos y apretaba los párpados.

Y luego corría.

Todos los días corría por ese tramo de camino solitario, con mi casa en la distancia, que parecía alejarse cada vez más en lugar de acercarse. Mis zapatillas de tenis levantaban trozos de hierba, guijarros y polvo mientras competía contra... algo. Lo que fuera que estuviera *allí*, observando. Esperando. Esperándome. Me tropezaba con los lazos de las zapatillas, trepaba los escalones de mi casa y me arrojaba a los cariñosos brazos extendidos de mi padre y su aliento caliente que me susurraba al oído: “Tranquila, estoy aquí. Tranquila, estoy aquí”. Sus dedos acariciaban los mechones de mi pelo y el aire en los pulmones me hacía arder el pecho. Mi corazón golpeaba con fuerza y una sola palabra se formaba en mi mente: *seguridad*.

O eso creía yo.

Aprender a tener miedo debería entrañar una evolución lenta, una progresión gradual del Santa Claus del centro comercial al viejo de la bolsa debajo de la cama; de la película no recomendada para menores que te deja ver la niñera al hombre detrás de las ventanillas ahumadas de un coche con el motor encendido, que te mira fijamente durante un segundo de más mientras caminas por la acera al anochecer. Observarlo acercarse a tu visión periférica, sentir los latidos de tu corazón subir desde tu pecho hasta la garganta y el fondo de tus ojos. Es un proceso de aprendizaje, una progresión continua de una amenaza percibida a la siguiente, la subsiguiente más peligrosa que la anterior.

Pero no para mí. Para mí, el concepto del miedo me invadió con una fuerza que mi cuerpo adolescente nunca había experimentado. Una fuerza tan asfixiante que me dolía respirar. Y ese instante, ese momento de irrupción, me hizo darme cuenta de que los monstruos no se escondían en el bosque; no

eran sombras en los árboles ni cosas invisibles que acechaban en rincones oscuros.

No, los verdaderos monstruos se movían a la vista de todos.

Tenía doce años cuando esas sombras empezaron a adoptar una forma, un rostro. Dejaron de ser apariciones y se tornaron más concretas. Más reales. Cuando empecé a darme cuenta de que tal vez los monstruos vivían entre nosotros.

Y había un monstruo en particular a quien aprendí a temer más que a todos los demás.



**MAYO DE 2018**



# CAPÍTULO 1

ME PICA LA GARGANTA.

Es casi imperceptible al principio. Como si la punta de una pluma se arrastrara por el interior de mi esófago, de arriba abajo. Vuelvo a meter la lengua en la garganta e intento rascarme.

No funciona.

Espero no estar enfermándome. ¿He estado cerca de una persona enferma últimamente? ¿Alguien resfriado? En realidad, no hay forma de estar segura. Estoy rodeada de gente todo el día. Ninguno parecía enfermo, pero el resfriado común puede ser contagioso antes de mostrar ningún síntoma.

Intento rascarme de nuevo.

O tal vez sea alergia. Los niveles de polen artemisa son más altos de lo normal. De hecho, son altísimos. Ocho de cada diez alérgenos en el rastreador de alérgenos son de artemisa. El pequeño molinete de mi aplicación meteorológica estaba en rojo.

Levanto mi vaso de agua y bebo un trago. Hago unos buches antes de tragarla.

Sigue sin funcionar. Carraspeo.

—¿Sí?



Miro a la paciente que tengo delante, rígida como una tabla de madera amarrada a mi enorme sillón de cuero reclinable. Tiene los dedos apretados en el regazo; unos cortes delgados y brillantes son prácticamente invisibles en la piel, por lo demás perfecta, de sus manos. Observo que lleva un brazalete en la muñeca, un intento por ocultar la cicatriz más desagradable, de un púrpura intenso e irregular. Cuentas de madera con un dije de plata en forma de cruz cuelgan como un rosario.

Vuelvo a mirar a la joven y observo su expresión, sus ojos. No hay lágrimas, pero aún es temprano.

—Lo siento, Lacey —digo, y bajo la vista hacia mis notas—. Me pica un poco la garganta. Por favor, continúa.

—Ah —exclama ella—. Está bien. Bueno, en fin, como estaba diciendo... A veces me enfado mucho, ¿sabes? Y no sé realmente por qué. Es como si el enfado se acumulara y se acumulara y entonces, antes de darme cuenta, necesito...

Se mira los brazos y abre las manos en abanico. Hay pequeños cortes por todas partes, como cabellos de cristal, escondidos en los huecos de la piel entre sus dedos.

—Es una liberación —agrega—. Me ayuda a calmarme.

Asiento con la cabeza tratando de ignorar el escozor en mi garganta. Está empeorando. Quizá sea el polvo, me digo, aquí hay mucho polvo. Me vuelvo hacia el alféizar de la ventana, la biblioteca, los diplomas enmarcados en la pared, todos ellos con una fina capa de gris, reflejando la luz del sol.

“Concéntrate, Chloe”.

Me vuelvo hacia la chica.

—¿Y por qué crees que es eso, Lacey?

—Te lo acabo de decir. No lo sé.

—¿Y si tuvieras que especular?

La joven suspira, mira a un lado y se queda con la vista fija en nada en particular. Está evitando el contacto visual. Las lágrimas están cerca.

—Probablemente tenga algo que ver con mi padre —aventura. Su labio inferior tiembla ligeramente. Se aparta el pelo rubio de la frente—. Con el hecho de que se haya marchado y todo eso.

—¿Cuándo se marchó tu padre?

—Hace dos años —dice. Como en respuesta a una señal, una única lágrima brota de su conducto lagrimal y se desliza por su mejilla pecosa. Se la limpia con rabia—. Ni siquiera se despidió. Ni siquiera nos dio una puta razón. Simplemente se  *fue*.

Asiento con la cabeza y garabateo más notas.

—¿Crees que sería correcto asegurar que todavía estás bastante enfadada con tu padre por haberte dejado así?

Su labio vuelve a temblar.

—¿Y que, como no se despidió, no pudiste decirle cómo te hizo sentir lo que hizo?

Lacey asiente con la cabeza hacia la biblioteca en el rincón, todavía evitándome.

—Sí —admite—. Supongo que sí.

—¿Estás enfadada con alguien más?

—Con mi madre, supongo. No sé muy bien por qué. Siempre supuse que ella tuvo la culpa de que se fuera.

—De acuerdo —digo—. ¿Alguien más?

Se queda callada y se rasca con la uña un trozo de piel levantada.

—Conmigo misma —susurra sin molestarse en enjugar el charco de lágrimas que se le acumula en las comisuras de los ojos—. Por no ser lo suficientemente buena para que él quisiera quedarse.

—No es malo estar enfadada —le aseguro—. Todos estamos enfadados. Y ahora que te sientes cómoda verbalizando por qué lo estás, podemos trabajar juntas para ayudarte a manejar ese enfado un poco mejor. A manejarlo de una manera que no te haga daño. ¿Te parece un buen plan?

—Es una tremenda idiotez —murmura.

—¿Qué?

—Todo. Él, esto. Estar aquí.

—¿Qué tiene de idiotez estar aquí, Lacey?

—No debería *tener* que estar aquí.

Está gritando. Me reclino con tranquilidad y enlazo mis dedos. La dejo gritar.

—Sí, estoy enfadada —declara—. ¿Y qué? Mi padre me abandonó, carajo. Me *abandonó*. ¿Sabes lo que se siente? ¿Sabes lo que se siente al ser una hija sin padre? ¿Ir a la escuela y que todo el mundo te mire? ¿Que hablen de ti a tus espaldas?

—La verdad es que lo sé —respondo—. Sé cómo es. No es divertido.

Ahora está callada, las manos le tiemblan en el regazo, las yemas del pulgar y el índice frotan la cruz de su brazaletes. De arriba abajo, de arriba abajo.

—¿Tu padre también te dejó?

—Algo así.

—¿Qué edad tenías?

—Doce años.

Asiente con la cabeza.

—Yo tengo quince.

—Mi hermano tenía quince.

—¿Entonces lo entiendes?

Esta vez, asiento con la cabeza y sonrío. Crear confianza, la parte más difícil.

—Lo entiendo —respondo, y me inclino de nuevo hacia delante, acortando la distancia entre nosotras. Ahora se gira hacia mí, sus ojos anegados en lágrimas se clavan en los míos, suplicantes—. Lo entiendo perfectamente.